

Eduardo Toda Oliva

## Amanecer de la picaresca española (\*)



ESPAÑA es abundada de mieses, deleitosa de frutas, llena de venados e de caza; segura e bastida de castillos; alegre por buenos vinos, holgada de abundamiento de pan, rica de metales, dulce de miel e azúcar...” Cuando así describía a nuestra patria el Rey Alfonso X el Sabio, parece que se le olvidó añadir, para redondear ese recuento de abundancias, lo siguiente: “España es también abundosa de santos, de héroes, de genios y... de pícaros”.

Claro que entonces, en pleno siglo XIII, aún no había pícaros. Es decir, no existía “el pícaro”, en la literatura; porque pícaros en la vida los ha habido, hay y habrá siempre; y concretamente en España los tenemos desde aquellos que en las cavernas de Altamira se entretuvieron en pintar por los techos, para crearnos el peliagudo problema de averiguar si lo hicieron hace diez o hace quince mil años...

Pero... eso era en la noche de los tiempos; antes de que amaneciese la picaresca, y saltando del diario vivir al diario escribir, se convirtiera en uno de los más originales géneros literarios, y produjera ese tipo entrañablemente humano, genuinamente español: el “pícaro”.

---

(\*) Charla dada en el Instituto Chileno de Cultura Hispánica de Santiago, el día 25 de julio de 1955.

¿Qué es un pícaro? ¡Ah, pícara pregunta, difícil de contestar! Unos dicen que deriva de picar o pinchar, de donde “pinche”, “pícaro de cocina”: largos de dedos, larguísimos de piernas para ir salpicando de olla en sartén, como de pueblo en villa. Otros creen que es palabra de importación que se saltó los Pirineos a la torera, desde la alegre región francesa de Picardía, trayendo consigo, como hatillo al hombro, la fama de sus “picardos”. Otros aún, opinan que viene de ganapán: ese importantísimo personaje que cifra toda su ambición en ganar (dando a la palabra un optimista significado) el pan de cada día, pero sólo el del día presente, claro está. Personaje todavía encarnado en aquellos famosos limpiabotas andaluces, quienes sentados al sol sobre sus cajas de trabajo, cuando uno pretende que le limpien los zapatos, le contestan con un arrastre de voz asoleada: —“¡Ya gané pa hoy, zeñorito! ¡Otro día zerá!”...

También hay los que identifican el pícaro con el “mozo de muchos amos”. Inquieto y andariego, hoy cebado, mañana en ayunas, trampeando aquí, enmarañando allá, ensarta su retahíla de artimañas, embustes, tejemanejes, argucias, patrañas y embeleces, y va salpimentando la vida, de dueño en dueño y de libertad en libertad.

Sea como fuere, el pícaro como tal no aparece en las letras hasta mediados del siglo XVI. Pero, aunque suene paradójico, la picaresca es antes que el pícaro. Antes que surja ese personaje como protagonista literario en una serie de aventuras en torno a sus artes y andanzas, brotan las narraciones con atisbos maliciosos y licenciosos, sin engarce novelístico ni héroe central todavía, pero donde palpitan ya los numerosos elementos y manifestaciones de la picaresca.

No busquemos sus antecedentes. Más que en “El Satiricón” de Petronio, en “El asno de oro” de Apuleyo, en los apólogos indios o en los cuentos árabes, los encontraremos en ese complejo laberinto de pasiones, cominerías, ambiciones, fantasías y vanaglorias que es el espíritu humano.

La picaresca es como un mundo de mundos: máscara y capa que encubre, bajo la risa y la sombra, el amor y el dolor; cedazo de la vida por el que la astucia, la gracia y la mentira, se ciernen a tra-

vés de las mallas cruzadas del ingenio y el hambre, el honor y la miseria, el fracaso y el ensueño. La picaresca tiene su estilo, su jerga, su psicología, su moral y aun su moraleja. Tiene un sobrehaz, alegre y desenfadado; una intimidad, tragicómica; una médula, metafísica y heroica.

En ella se entreveran características fundamentales del alma española. De un lado, el humorismo —mitad sonrisa de Séneca, mitad carcajada de Sancho, esgrimiendo el escepticismo y el ridículo en un torneo de ironías sobre valores trascendentales: amor, muerte, honor, gloria. De otro, el sentido satírico feroz, que fustiga a diestro y siniestro: soldados fanfarrones, latinistas pedantes, nuevos ricos, hidalgos pobres, doncellas sin doncellez, dueñas entrometidas, hampones, rufianes, galopines, matasietes, galloferos, buscavidas, pícaros, pícaras...

Y en el meollo, una síntesis muy hispana: la vida libre y airada junto con la ascética; el mal y el bien, codo a codo: luchando a brazo partido el descarnado realismo del pan y del vino, con el arrebatado vertical de la espiga y el palpitar de la sangre hacia Dios, como en el pícaro de los pícaros, Guzmán de Alfarache.

Pero... Guzmanillo es el sol y el cénit de la picaresca. Contentémonos aquí con el amanecer; entre dos luces, digo entre dos siglos, el XI y el XII, aparece *Pedro Alfonso*; judío converso a quien se le ocurrió, cuando en España los predicadores sermoneaban en latín, entremezclando la teología con apólogos orientales, componer un libro —la *Disciplina clericalis*— para adoctrinamiento y uso de clérigos. Enlaza sus ejemplos por la antiquísima forma de agrupar relatos dispares e inconexos, mediante una débil trabazón argumental; un padre filósofo aconsejando a su hijo. Veamos qué le dice: “Lee todo lo que encuentres, pero no creas cualquier cosa que leyeres”; “Si alguien te invita, fíjate en la persona de quién lo hace: si es importante, acepta en seguida, si no, hazlo a la segunda o tercera vez, en proporción a su categoría”. “Hijo, no permanezcas en la ciudad cuyo rey tenga más gastos que ingresos”. Sabios consejos, en que la malicia sigue de indudable actualidad.

De repente, leyendo este libro tan docto, enarcamos las cejas y torcemos la sonrisa. ¿Es posible que Pedro Alfonso creyera adoctrinar clérigos con ejemplos como el de "La tela de lino"? Oigámoslo, sintetizado.

"Un hombre tuvo que hacer un viaje y encomendó su mujer a su suegra. Su mujer amaba a otro y así lo indicó a su madre, la cual por favorecerla, invitó a comer a su casa a dicho amigo. Mientras, llegó el esposo. Escondido el otro, abrieron la puerta. El marido mostró deseos de descansar. Turbóse la esposa, pero la suegra la aleccionó: "No te des demasiada prisa, hija, hasta que le enseñemos la tela que hemos estado tejiendo en su ausencia". Y sacando una colcha, la cogió de un cabo y dió a su hija el otro, para que lo sujetase, extendiéndola verticalmente. Por detrás del lienzo estirado, se escapó el amigo, en tanto el esposo admiraba la colcha. Entonces la suegra dijo a su hija: "Extiende este lienzo, tejido con tus manos y las mías, sobre el lecho de tu marido". Y éste a aquélla: "¿Es que tú sabes hacer tales lienzos?" —"¡Ay, hijo" —respondió la suegra— "¡ya llevo preparados muchos como éste!"

La picaresca, infiltrándose en un libro de moralidades. Y no sólo en éste, sino en muchos y en la propia vida...

En la Edad Media, cuando la buena, el idealismo y el sentido caballeresco imperaban, ya había también quienes, explotando esas cualidades, sacaban su provecho propio. Poco a poco, el humorismo desgarrado va haciendo trizas los sentimientos más nobles; juega con el honor; busca las cosquillas de la vanidad y el orgullo de los hombres. Lo que sucede en la vida, los escritores lo proyectan en sus obras, por lo general de acarreo colectivo, para escamotear en el anonimato los dardos de la maledicencia y la sátira. Corren de boca en boca, cuentos recopilados en colecciones diversas con que el pueblo distrae sus ocios y encona sus odios: "El libro de los gatos", "El libro de los ejemplos", "Las coplas de Mingo Revulgo"... Del "Libro de los gatos" escogeré este cuentecillo, sin quitarle su gracioso sabor arcaico:

"El ratón una vegada cayó en una cuba de vino; el gato pasaba

por ahí e oyó al ratón do facía gran roído en el vino y non podía salir. E dijo el gato: —“¿Por qué gritas tanto?” Respondió el ratón: —“Porque non puedo salir”. E dijo el gato: —“¿Qué me darás si te saco?” —“Darte he cuanto tú me demandares” E dijo el gato: —“Si yo te saco quiero que me des esto: que vengas a mí cuantas vegadas te llamare”. E dijo el ratón: —“Esto vos prometo que faré”. El gato sacó al ratón del vino e dejólo ir para su agujero. E un día el gato había gran hambre e fué al agujero del ratón e díjole que viniese; e dijo el ratón: “¡Non lo faré si Dios quisiere!” E dijo el gato: —“¿Non lo juraste tú a mí que saldrías cuando te llamase?” E respondió el ratón: —“Hermano, beodo era cuando lo dije...”.

El vino y los borrachines: otro elemento de copiosa picaresca. Malicia, ingeniosidad que corre, como aire renaciente, por todos los ámbitos. Fijémonos en la aguda penetración de las debilidades humanas, en ese escepticismo que se entromete por la moraleja y casi convierte a nuestro astuto ratoncillo en un pequeño héroe del buen sentido. Los escritores van adquiriendo el don de tergiversar simpáticamente los valores; tendencia característica de la picaresca, a medida que la descomposición moral avanza ante el progresivo anhelo de vivir y gozar del Renacimiento, con su endiosamiento del hombre y la consiguiente subversión de las categorías del Bien y del Mal.

En esta encrucijada, como un Prometeo encadenado entre las pasiones vitales y la profesión religiosa, nos enfrentamos con *Juan Ruiz, arcipreste de Hita*. Todos conocemos su extraordinaria figura: “cabello prieto, orejudo, de andar infiesto, bien como pavo; de nariz luenga, las espaldas bien grandes, bien cumplidas las piernas”... según él mismo se “monstruo retrata” en esa “epopeya cómica de la Edad Media”, que es su *Libro de buen amor*.

Muchos autores, al comentar a Juan Ruiz, citan estas palabras suyas: “E Dios sabe que la mi intención non fué de fazer (el “Libro de buen amor”), por dar manera de pecar nin por mal decir; más fué por reducir a toda persona a memoria de bien obrar e dar ejemplo de buenas costumbres y castigos de salvación”. Pero luego añaden, a renglón seguido, aquellas otras: “Empero, porque es humanal

cosa el pecar, si algunos (lo que non les aconsejo) quisieren usar del loco amor, aquí hallarán algunas maneras para ello”.

¿En qué quedamos? ¿Es un arcipreste que encubre bajo sus ropas tales un pícaro de tomo y lomo, o es un pícaro arcipreste que, al socaire de sus picardías, dispara moralidades asequibles al pueblo en su propia lengua y en su propia salsa? Veamos sus dos caras:

Que es un pícaro, no hay duda. Español, humanísimo, se pierde (literariamente, al menos) por la mujer; mejor dicho, por las mujeres; y las canta: desde la dama altiva hasta la zafia serrana, sin olvidar las troteras, danzaderas, dueñas quintañonas... De todas, prefiere la mujer chiquita:

*“Como en chica rosa, está mucho color;  
y en oro muy poco, gran precio y gran valor;  
como en poco bálsamo, yace gran buen olor;  
así en chica dueña, yace muy gran amor”.*

*“En la mujer pequeña no hay comparación:  
terrenal paraíso es, y consolación;  
solaz y alegría, placer y bendición.*

*¡Mejor es en la prueba, que en la salutación!”*

*“Siempre quise mujer chica, más que grande ni mayor.*

*No es desaguisado, de gran mal ser huidor.*

*Del mal, tomar el menos; ya lo dijo el sabidor;*

*¡Por eso, de las mujeres, la menor es mejor!”*

Graciosas alabanzas, rematadas por una inesperada ironía, que hace pensar, y envuelve un conejillo bien disfrazado: ¡alerta contra las mujeres, grandes o chicas!

Pero además de este aspecto, el arcipreste de Hita saca al mundo quizá el primer “pícaro”, en el sentido literario que antes apuntaba: Don Furón, mozo del propio poeta, que así le describe en el “Libro de buen amor”:

*“Furón había por nombre: un apuesto doncel;  
salvo por catorce cosas, ¡nunca ví mejor que él!”  
“Era mentiroso, beodo, ladrón, y mesturero;  
tahur, peleador, goloso, refertero;  
reñidor y adivino, sucio y agorero;  
necio, perezoso: tal es mi escudero”.*

Como vemos, una alhajita. Don Furón es un pícaro en agraz; yo diría que el “pre-pícaro”; así como la magnífica Trotaconventos, la vieja alcahueta del arcipreste, es sin duda la abuela de la Celestina: la “preCelestina”. Con lo cual tenemos que Juan Ruiz creó, en el siglo XIV, anticipándose en el tiempo literario, dos prototipos de la picaresca española. ¡Por sola esta genialidad, ya se le pueden perdonar sus picardías...!

Mas... no olvidemos su otra cara, antes de juzgarle. El hombre que entre esos asuntos y versos eróticos y desenfadados, intercala en su poema, los de la “Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”, los “Gozos y Cántigas de Santa María” y se dirige a Dios y a la Virgen de esta manera:

*“Tú, Señor y Dios mío, que al omne formeste,  
informa e ayuda a mí, tu arcipreste;  
que pueda hacer “Libro de buen amor” aqueste,  
que los cuerpos alegre e a las almas preste”.*  
*“A Tí, noble Señora, cumplida de piedad,  
Luz luciente del mundo, del cielo claridad,  
mi alma y mi cuerpo ante tu Magestad  
ofrezco con las Cántigas y con gran homildad”...*

ese hombre lo que hace es testimoniar —como acabamos de ver— su preocupación palpitante por la dualidad —cuerpo-alma— de que se compone el ser humano. Y toda su vida y toda su obra, no son sino la expresión de un espíritu creyente y valiente, cuyo cuerpo le torturaba y le traicionaba con su incontenible vitalidad. En el “Libro de

buen amor”, estas fuerzas entrechocan, se debaten entre versos delicadísimos y estrofas descocadas y libertinas, para darnos el poema vivo y cristiano de la eterna batalla del hombre: el combate de la carne contra el espíritu, del idealismo contra la materia, médula del pícaro o del santo; que más adelante llevará España a las más altas cumbres, con San Juan de la Cruz en la mística, Mateo Alemán en la picaresca, Cervantes en Don Quijote y Sancho.

El buen Sancho Panza, mediodía de los escuderos apicarados del mundo, tiene también su amanecer medieval. Es el mozo Ribaldo, que *Ferrand Martínez* creó en el primer libro de caballería español: *Historia del caballero de Dios que avia por nombre Cifar*. Ribaldo, “gran refranero, malicioso y avisado, socarrón y ladino”, es —según Menéndez Pelayo— “el único antecesor conocido de Sancho Panza”; y por el cuentecillo que voy a transcribir, bastante buen antecesor, por cierto:

“Cifar y Ribaldo anduvieron mucho aquel día, hasta que llegaron a una villa, y antes de entrar en ella, el caballero vió una huerta muy hermosa y un campo de nabos muy grande, y dijo al Ribaldo: —“¡Ay, amigo, qué de buen grado comería de aquellos nabos, si tuviese quien me los supiera adobar”. “Señor” —dijo Ribaldo—, “yo os los adobaré, que lo sé hacer muy bien”. Y dejando al amo en la alberguería, se fué a la huerta con un saco auestas; y encontró la puerta cerrada; pero saltando la pared, entró y comenzó a arrancar los mejores, metiéndolos en el saco. Y estando él arrancando los nabos, llegó el dueño de aquella huerta, y cuando le vió, fuese para él: “¡Don ladrón, vos iréis ahora conmigo preso delante de la justicia, y daros habrán la pena que merecéis, porque entrasteis saltando los muros para robar”. —“Ay, señor” —dijo el Ribaldo— “así Dios os dé buena ventura, no lo hagáis, pues a la fuerza entré aquí”. —“Y ¿cómo a la fuerza?” —dijo el amo de la huerta. —“Señor, pasando yo por aquel camino, hizo un viento tan fuerte que me levantaba de tierra, y con miedo de que me lanzase a algún mal lugar, me agarré de las hojas de los nabos, y así se arrancaban...” —“Pues, ¿quién metió estos nabos en este saco?” —inquirió el hortelano. “Señor,

de esto sí que me maravillo”. “Pues que tú te maravillas, das a entender que no tienes culpa, y te lo perdono por esta vez” —“Ay, señor” —dijo el Ribaldo— ¿y qué perdón ha menester el que está sin culpa? Mejor haríais dejándome llevar estos nabos, por el gran trabajo que llevé arrancándolos, que lo hice contra mi voluntad, forzado por el viento”. “Pláceme” —dijo el señor— “porque tan bien te defiendes con mentiras tan hermosas: toma los nabos y vete”...

La tergiversación ha llegado al colmo: unas mentiras “hermosas” bastan para desarmar y para salir con bien. Parece que no pasa el tiempo por la Humanidad...

Pero... un detalle: ese picarón, de clase villana, durante sus aventuras mostró valeroso brazo y espada, y fué finalmente elevado a la categoría de caballero, por su amo. Diferencia bien notable con Sancho Panza, que acabó sus días tan villano y tan pobre como cuando se decidió (soñando Baratarias) a seguir al ingenioso hidalgo.

Del tipo del escudero, con sus alforjas llenas de pan, queso y refranes; la bota de vino al costado y un talante como el rayo para sacar provecho de todo, pasamos, serenándose las luces del alba hacia un maduro amanecer, al tipo del consejero, docto en proverbios y rico en experiencias, que se da el lujo de aconsejar, casi paternalmente, a su amo y señor.

Permitidme que os presente a Patronio, que el serenísimo Infante Don Juan Manuel puso al servicio de su “Conde Lucanor”. ¿Quién no conoce al Conde Lucanor? Gran caballero, poco avisado en cosas materiales y de la hacienda económica, precisa de asesoramiento. A las consultas que hace, Patronio le contesta sazónadamente, exponiéndole un “enxiemplo” a propósito del que extrae la consecuencia adecuada al caso planteado. Y como los asuntos son muy variados, no se desdeña de usar el humor (don Juan Manuel es probablemente el mejor humorista de la Edad Media española) para aconsejar a su indeciso Conde, a fin de que viendo lo que a otros aconteció, no caiga víctima de las picardías de este pícaro mundo.

“Un hombre bueno que había sido muy rico, era llegado a gran pobreza, et se le hacía muy gran vergüenza demandar e pedir por

lo que había que comer, e por esta razón sufría muchas veces gran hambre. Un día, yendo él muy cuitado porque no podía haber cosa alguna que comiese, pasó por casa de un conocido que estaba almorzando, y cuando éste le vió pasar por la puerta, le preguntó muy desgánadamente si quería comer con él; y él por el gran menester que había, comenzó a lavarse las manos y le dijo: —“En buena fe, don Fulano, pues tanto os empeñáis e insistís en que coma con vos, no me parece que haría bien en contradecir vuestra voluntad, ni haceros quebrantar vuestro ofrecimiento”. Et asentándose a comer, perdió aquella hambre et aquella queja en que estaba”...

El hambre traslada los montes y convierte al señor casi en pícaro. Otra faceta de la picaresca: cogerse como a un clavo ardiendo a lo que pueda beneficiar la panza. Este ingenioso hidalgo venido a menos, a quien no se le caen los anillos de la vergüenza con tal de conseguir una pitanza en regla, parece buen precedente de aquellos hidalguelos, golillas, escribanos y demás plaga de gorriones, que nos describirán luego los grandes maestros de la picaresca. Y que podrían sintetizarse en el famoso buscón, don Pablos, aquel famélico andante bajo las garras del Dómine Cabra; y en el avisgado Lazarillo de Tormes, el cual para poder beber de tanto en tanto un poco de vinillo, recurría a hacer un agujerito en el fondo de la jarra de su amo ciego, y cuando éste, más desconfiado que una lagartija, la sostenía llena entre las rodillas mientras comía, el mozo echado boca arriba en el suelo, destapaba con cuidado el agujerillo y no tenía más que abrir la boca...

Pero volvamos al Conde Lucanor. En una ocasión, barruntando que alguien iba a engañarle, el Conde Lucanor buscó el refugio de su consejero, y éste anduvo al quite:

“Señor Conde —dijo Patronio— (voy a sintetizar el ejemplo), tres hombres burladores vinieron a un rey y le dijeron que eran muy buenos maestros en hacer paños, y que hacían uno de tal virtud, que todo hombre hijo legítimo de su padre, vería aquel paño al vestírsele; pero que quien no fuese hijo del padre que él y las gentes creían, que no podría ver esa tela.

“Al rey le plugo el asunto, porque ese paño podría saber cuáles súbditos suyos eran hijos de quien aparecían como sus padres, y cuáles no; con lo que acrecentaría su hacienda, ya que en dicho reino moro no heredaban sino los hijos legítimos.

“Encerró a los tres sastres en un palacio, y les proveyó abundantemente de oro, plata, sedas y muchos dineros, para que tejiesen. Al cabo de un tiempo, el rey, queriendo probar la virtud discriminatoria del tejido sin comprometerse, envió a un camarero suyo; el cual fué y vió... que los tejedores no habían tejido nada. Pero... sabiendo el intríngulis no se atrevió a decir que no viera, y al volver al rey, alabó la tela encarecidamente. Así mandó varios, y así le contestaron todos. Entonces el monarca decidió ir él mismo, y una vez en el palacio, los sastres comenzaron a alabarle las labores y colores de la tela. Y cuando el rey vió que ellos describían lo aparentemente realizado, y que él no veía nada, túvose por muerto, porque pensó que no era hijo del rey que juzgaba como su padre. Y entonces, por no perder el reino, comenzó a alabar el paño y a decir maravillas del mismo, pero estaba con grande sospecha.

“Y fué enviando a sus caballeros, y todos —que no veían ni una hebra— naturalmente, por no descubrir su ilegitimidad y malquistarse con el rey, loaban el tejido a voz en grito.

“Llegó el día en que, desnudando al monarca, los sastres hicieron como que le vestían con el traje confeccionado con aquella tela prodigiosa. Y salió él a caballo, y las gentes lo veían, tal como iba... pero, sabedores de las propiedades del paño, nadie se atrevía a decirselo, sino que se hacían lenguas del traje. Hasta que se topó con un negro, quien le espetó: —“Señor, a mí no me importa que me tengáis por hijo del padre que yo creo, o por cualquier otro; y por eso os digo que, o yo soy ciego, o vos desnudo váis”.

“Y en seguida, uno y otro y otro, perdiendo miedo, corroboraron lo que decía el negro y todos se dieron cuenta del engaño. Y fueron a buscar a los burladores, pero... ¡sí, sí, ni rastro!, porque éstos se habían largado con todo el botín que el propio rey les diera, en su credulidad”.

“Pues ved cómo la mujer por no querer ser obediente, hizo, primero, lo que le vedaron; y luego, murió por su desobediencia”.

En este ejemplo, que en realidad casi linda más con lo policíaco —un crimen perfecto— que con lo picaresco, se advierte la sutil penetración psicológica, descubriéndonos algunos de los peores defectos femeninos: la curiosidad, la soberbia de la belleza, la infidelidad, la desobediencia...

Esa mujer, infiel borrachuela y de armas tomar, es hermana menor de la que, corriendo los tiempos, será la *Pícara Justina*: magnífico ejemplar femenino de nuestra picaresca; que, también entre las mujeres, va desde la Trotaconventos hasta la Benigna, de Galdós, y la madre de Pascual Duarte, de Camilo José Cela... pasando por muchas de cuyos nombres... no quiero acordarme...

En este amanecer hemos visto, torpe y brevemente esbozados, los variadísimos elementos y manifestaciones de nuestra “pre-picaresca”: la malicia, infiltrándose en la moralidad; el buen sentido astuto, predominando sobre la honradez; el picarón borrachín; las artimañas femeninas en sus múltiples aspectos; el hidalgo famélico; el escudero bellaco y el consejero agudo y señorial; el marido burlado vengador; la picaresca colectiva; en resumen: el alma popular estallando en picardías...

Este amanecer, alumbrará el gran día, maduro y magnífico, de la picaresca hispana: género de vida y de literatura capaz de crear ese tipo inmortal, auténtica y medularmente español, que Don Miguel de Cervantes sintetizó con sus rasgos maestros:

“¡Oh, pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos; tullidos falsos; cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid; vistosos oracioneros; esportilleros de Sevilla; mandilejos del hampa, con toda la caterva innumerable, que se encierra debajo de este nombre: pícaro!”

Innumerable caterva: Don Furón, Ribaldo, El Lazarillo de Tormes, El Diablo Cojuelo, Guzmán de Alfarache... Don Pablos: el Buscón, Estebanillo González, Marcos de Obregón, Sancho el Bueno, Gregorio Guadaña, Torres Villarroel.

Gran trayectoria y ejecutoria de la picaresca hispana, que amanece con el siglo XII, llega al esplendor de luces en el XVI y XVII, y sigue... y seguirá fecunda, mientras España continúe siendo, con la ayuda de Dios, abundosa de santos, de héroes, de genios y... de pícaros!